

Capítulo 7: La caravana

Había cambiado la forma de ver las cosas. Había dirigido todo su odio hacia los escarabajos al intento de manipularlos. Se encontraba entre ellos, con la oportunidad de usarlos en su favor. Era lo único que tenía para intentar vengarse. Y estaba decidido a ir más lejos. A cambiar las cosas. Por eso Akun Val'Dore se había convertido en Sand, el líder de un pintoresco grupo de delincuentes procedentes tanto de Mohad como de Suna, que se profesaban un odio de lo más curioso.

En el transcurso de dos meses, Sand ya se había convertido en una figura en el seno de los escarabajos, pues era quien más saqueos había logrado con el menor número de bajas. En otros grupos, como el de Romain, las trifulcas internas entre tostados mohadí y rasgados de Suna, por sus ojos que parecían ranuras a medio abrir, habían causado varias bajas. Rudi consideraba cada una de esas bajas como un fracaso, pues su objetivo era integrar a todos los rufianes, llegaran de donde llegaran, para formar una fuerza armada seria y ordenada. Cosa que, de momento, solo había logrado Sand.

– Me estás pidiendo algo que ni siquiera he aceptado para Romain –declaró Rudi que estaba sentada en su silla de tijera, tomando una infusión a pequeños tragos–. Pero... nuestras filas han engordado más de lo esperado. Somos muchos. Puede que sea una buena opción.

– Tenemos que organizarnos. Si dividimos el desierto en cuatro sectores cardinales, nos será más fácil interceptar a un mayor número de caravanas.

– Lo sé. Pero no puedo confiar en todos mis hombres. En Romain, sí, desde luego. Pero a veces se deja llevar por la ira y comete errores. Tú has demostrado gran valía, saqueando como el que más en estas últimas semanas y sin una sola baja. Es admirable. Pero solo llevas aquí tres meses. ¿Cómo sé que no me traicionarás?

– Actuando en tu nombre podría ponerte en un apuro. Queremos lo mismo, Rudi. Sé que quieres acabar con la monarquía de Mohad. Y sé que no puedes tocar a los Val'Detignes. Yo tengo una deuda pendiente con Redal Val'Dargent. Quiero matarlo.

Rudi dejó que la sorpresa se dibujara en su rostro y estuvo a punto de tirar el ardiente líquido de la taza. Lo miró con ojos preocupados.

– ¿Matar al rey de Mohad? ¿Por qué?

– Mandó asesinar a mis padres y mi prometida –mintió, pues sus padres murieron en un atentado perpetrado por los escarabajos de cuyo lado estaba ahora–. Quiero vengarme.

– Así que el oficio de usurero es peligroso para toda la familia... –caviló ella, haciendo como que entendía el asunto dándose golpecitos en los labios con el dedo índice–. Yo también odio a ese cabrón. Pero, si lo matas, es posible que deba... castigarte. Ya sabes, si ese es el deseo del Emperador Samprati Tercero.

– Si lo mato, dará igual lo que me pase después.

Y así, en tan solo un trimestre, Akun Val'Dore, príncipe heredero del trono de Mohad, se convirtió en jefe de sector de la organización terrorista de los escarabajos. Y como no podía ser de otra manera, escogió el sector Este, en las cercanías de Val'Monde, su ciudad. La que

gobernaba Redal Val'Dargant con la hija del duque Alain, Marie Val'Detignes. Los nuevos monarcas de Mohad.

Su compañía la conformaban cincuenta hombres y mujeres armados. Había luchado con cada uno de ellos individualmente, con espadas romas, para comprobar sus aptitudes pero sobre todo para demostrar que él era el mejor de entre todos. No era de extrañar, dado que llevaba toda la vida entrenando con una espada, y la mayoría de sus pordioseros no habían empuñado una en su vida.

Con la autonomía que le concedió Rudi y el respeto de todos sus guerreros, Sand se encargó de explorar el sector y establecer el cuartel en el lugar idóneo. Un pequeño oasis rodeado por formaciones de arenisca que lo protegían parcialmente de las tormentas de arena. Además, se encontraba a tan solo dos días a camello del extremo sur del lago de Gobe, que costeaban la mayoría de los mercaderes para ir de Val'Monde a Val'Havre.

Así que ahí estaban, escondidos tras los árboles que rodeaban el camino del lago. Agazapados entre los arbustos, armas en mano y a la espera de la señal.

– Son tres carromatos –informó Boris–. Según Rash el mercader está en el de atrás con dos soldados. Los dos de delante llevan la mercancía, pero hay una escolta de una docena de hombres con armadura. Seis de ellos a caballo.

– Bien, eso significa que la carga es valiosa –Sand se humedeció los labios con la lengua–. Será un mercader importante.

Sand volvió hacia el bosque a hurtadillas, dejando a Boris con otros cinco escarabajos. Cuando llegó a la arboleda, desfiló por entre sus hombres, explicándoles la situación con más detalle y recalando que bajo ningún concepto debían atacar el último de los carromatos. Los arqueros se subieron a las copas de los árboles a esperar la señal de Boris, con los dardos listos y las flechas tensadas.

Tras las rocas de siempre, al otro lado de la carretera, alguien levantó una mano. Entonces una docena de flechas rompieron el aire para clavarse en caballos, hombres, tierra y agua. Un corcel cayó de bruces, arrastrando al jinete consigo. Otro caballero resbaló de su montura, manchando de sangre su impoluta armadura. Y uno de los soldados de a pie soltó un quejido ahogado antes de darse de morros contra el suelo y no volver a levantarse.

Doce flechas, tres aciertos. Iban mejorando. Sand ordenó que lanzaran otra andanada, al tiempo que levantaba su sable y se lanzaba a la carrera, con varios de sus hombres a la zaga. Otros dos o tres soldados cayeron muertos ante las saetas de los saqueadores. Al verlos, la escolta de la caravana salió a su encuentro en la linde del bosque. Y otra oleada de flechas cruzó el corto espacio, pues los enemigos se encontraban más cerca. Otros tres hombres cayeron, heridos. Las armas chocaron al fin, y la superioridad numérica de los bandidos fue un factor decisivo. Por cada soldado había tres o cuatro bandoleros dando estocadas. Por muy pesadas que fueran las armaduras, los hombres de la escolta acabaron todos en el suelo, más pronto que tarde, y los bandidos apenas se llevaron algún rasguño antes de empezar a quitarles las armas, armaduras, botas, guantes hasta dejarlos prácticamente desnudos.

Mientras tanto, el grupo de Boris salió de su escondite y rodeó la batalla, llegando a los carromatos sin ser vistos siquiera. Boris y sus cinco se colocaron frente al último carromato.

Los soldados estarían preparados para arremeter contra cualquiera que entrara, y tenía ordenes de minimizar al máximo las víctimas. El jefe de escuadrilla hizo un anuncio, al tiempo que veía cómo Sand se acercaba.

– Salid, mercader. Somos más. Podríamos entrar ahí dentro y acabar con sus dos guardaespaldas, acabando ustedes con dos o tres de los nuestros, y nosotros con vuestros soldados. Usted que sabe de dinero, sabrá también el valor del ahorro. Le propongo este trato: salga y ahorremos vidas.

Tras un tenso momento de espera, una mujer bella y elegante abrió la puerta y descorrió la cortinilla. Llevaba un vestido rojo vivo de seda, con bordados de hilo de plata, y un chal gris que brillaba ante la luz vespertina y cubría sus hombros. Varios colgantes, pulseras y anillos con piedras preciosas dejaban claro que no se trataba de una comerciante cualquiera.

– Me gusta ahorrar, siempre y cuando haya oportunidades de inversión.

Dos soldados con aire gallardo se colocaron al lado de la mujer, con las manos sobre sus empuñaduras. Para entonces Sand ya había llegado.

– Me entristece comunicaros que os habéis quedado sin escolta, señora...

– Silvie. A mí también me entristece, señor...

– Llámeme Sand. Lidero este grupo de niños traviesos. Por eso tengo la potestad de daros una noticia que os complacerá oír. Pues de ahora en adelante, podría dejar de necesitar escolta.

– Soy todo oídos, capitán de niños traviesos.

Boris se acercó a su jefe para susurrarle algo al oído.

– Es muy posible que se trate de Silvie Besanzón, Sand, patrona de los Sederos.

El jefe asintió, escrutando a la mujer con ojo atento.

– Mis chicos y yo vivimos en el despiadado desierto, donde la vida es ruda, como sabéis. La convivencia tampoco es fácil, pues todos somos rufianes. Así lo decidió la lotería de la vida. Por eso, nos vemos obligados a acercarnos a los caminos para pedir oro, ropa, madera, agua...

– No tengo madera, ni veo de qué podrían servir mis joyas en el desierto.

– ¿De qué están hechas vuestras carrozas? ¿Acaso es eso un nuevo tipo de ladrillo? –se mofó uno de los escarabajos.

– ¿Acaso las joyas son más útiles en la gran ciudad que en el desierto? –escupió otro.

– ¡Silencio! –rugió Sand–. Disculpad los modales de mis chicos. Pero no les falta razón. Veo que tenéis mucha madera. Y el uso que damos a las joyas es parecido al que le dais vos. Esta es su inversión: ahorrad en escolta la próxima vez que paséis por estos caminos. Así todos ahorraremos en vidas. Y pagad nuestro precio, ya sabe, eso que ahorráis en escolta, dádnoslo a nosotros en oro y plata. Cambiad algunas de vuestras sedas baratas, esas que no se ponen los nobles, por madera que transportéis cuando toméis el camino del lago de Gobe. ¿No le parece un precio justo por la seguridad?

– Una seguridad un poco cara para estar garantizada por niños traviesos. ¿Quién me dice que otro grupo de los vuestro no aparecerá para quitármelo todo? ¿Por qué fiarme de una recua de bandidos dirigida por un ladrón engreído?

– Porque este ladrón os puede ayudar a haceros más rica.

– Iluminadme, pues, Sand.

– Soy jefe de sector de los escarabajos, una noble organización que tiene por objetivo construir un desierto más habitable para sus honorables habitantes. De ahora en adelante, tan solo autorizaremos el paso a los comerciantes más... especiales. Cinco como mucho. ¿Os dais cuenta? Todos los vendedores que quieran exportar a Val'Havre tendrán que pasar por vos, o uno de los otros tres o cuatro que autoricemos. ¡Cobradles lo que queráis, y dadnos a nosotros una parte! Haced lo mismo en sentido contrario. Haced la travesía con más carromatos. ¡No temáis! Controlaremos la zona y no tendréis nada más de que preocuparos.

– Una oferta interesante –Silvie se acarició el pelo y miró a sus dos hombres con gesto divertido. Ellos la miraron, algo inquietos–. Bien. Pero con una condición.

– Si añade una condición, yo añadiré otra. Pero adelante.

– Autorizad el paso a quien yo diga. E impedídselo a mis rivales.

– Veremos. A cambio, me dará información.

– ¿Información? ¿Quiere saber si la seda esta cara?

– Oh, no. Me refiero a otra clase de información. Sois Silvie Besanzón, patrona de los Sederos. No solo tenéis oro y seda, también tenéis contactos y amigos en la corte. Quiero que me informéis de los planes de Redal Val'Dargent. Quiero saber donde ha estado este mes y donde estará el que viene. Si pone un pie fuera de la Fortaleza Flotante, quiero saberlo. Si pretende enviar al ejército a Val'Havre para cavar la tumba de los Mont'Arbre. De hecho, quiero saber que fue de Rose. Si está reclutando hombres para enviar al desierto. Si planea emprender una campaña en los Mil Reinos.

– Cuando vea que cumplís con vuestra parte del trato, os daré gustosa toda esa información, noble Sand.

Sand sonrió, su negocio acababa de echar raíces a orillas de aquel lago, y esperaba que prosperara con poco esfuerzo.

– Bien. ¿A qué ilustres mercaderes propone autorizar?